

«Divinas Palabras», de don Ramón Valle-Inclán

Valoración: 8

Nobilísimo empeño, logro excepcional a cuenta del binomio artístico Nuria Espert-Víctor García, el montaje de «Divinas palabras» que, en un clima ligeramente controvertido, hemos disfrutado en el renovado escenario del Monumental. Una vez más tropizamos con los defensores de la «autenticidad» a ultranza ante la concepción grandiosa, barroca y surrealista a la vez del director argentino, soberbiamente encauzado por el genio trágico de la actriz. «¡Esto no es Valle-Inclán!», escuchamos decir a alguien con el ademán de quien se rasga las vestiduras ante la comisión de un desafío. Tal vez el gesto intransigente se apoyase en una convicción honrada. No cabe duda, sin embargo, de que obedecía a un desfase óptico. Al parecer, sólo puede entenderse y vivificarse a Valle en un clima de evocación pueblerina, asfixiado de trasgos y brujas, mezcla de realismo salvaje, empapado de fantasía, lindante con el satanismo o liberado por una religiosidad que camina paralela a la superstición. Cualquiera otro intento o propuesta será recusable.

Para mí, tal actitud supone el enclaustramiento de Valle-Inclán en un tiempo. No precisamente en «su» tiempo. Entiendo que si hay un autor cuya obra fue realizada pensando en la traducción que habría de darle la posteridad, ese autor es Valle. Y hablo concretamente de su teatro, superior por el aliento expresionista, costumbrista o trágico, a su novela y a su poesía, aunque contenga tanta inspiración y vehículo expresivo de ambos géneros. Por eso admito que Víctor García, al enfrentarse con «Divinas palabras», en vez de darnos una tragicomedia aldeana nos haya asombrado con la rotunda evidencia del pan-espectáculo. Y lo consiguiente es decirlo, sin despojar a Valle-Inclán de su más noble sustancia: el verbo. El del Monumental —concedo— acaso no sea el Valle acostumbrado, pero no cabe acusarse de la menor adulteración. El barroquismo berniniano con que Víctor García lo visualiza no le hace perder un solo adarme de su entrañable poesía, de su fie-

reza implacable. Se nos aparece como lo vio Rubén Darío en aquellos versos anunciadores:

Y donde las sombras anti-
[Lugares van]
Por cuevas de lobos y de ra-
[posas,
Ha traído cosas muy mister-
[riosas
Don Ramón María del Valle-
[Inclán.

Tampoco deja de ser, como justamente se ha clasificado, la gran tragedia gallega de Valle-Inclán. Y el asomo a la europeidad de su genio. Aquí, más que nunca, la comitancia —asaz misteriosa, pues no hubo conocimiento mutuo entre ambos escritores— con Ghelderode. De la «trilogía bárbara» que integra con «Romance de lobos» y «El embrujado» —incluida esta última en el «Retablo de la Avaricia, la Lujuria y la Muerte»—, «Divinas palabras» es la más convulsionadora, desgarrada y penetrante. En ella cabe detectar ya la aparición decidida del esperpento en versión de aldea. Avaricia, Muerte y Lujuria se mezclan a la miseria y el sarcasmo. Toda la acción discurre como un largo peregrinaje de la picaresca paralela al de una religiosidad, capaz de hacer sitio a la piedad supersticiosa. Víctor García ha concebido unos grandiosos ingenios, a base de tubos y varales, despiezados y móviles, que asumen estructuras diversas. Unas veces se pierden tras de las cortinas, dejando un solo elemento como alusión escenográfica; otras se adelantan unánimes en el amplio escenario, abarcándolo en la medida de su embocadura, enriquecidos en sus entrebarras por las trompetas descomunales. Así puede sugerirnos lo mismo el interior o la fachada catedralicia que el mesón de «Ludovina», donde transcurre una juerga de aguardiente en la que se hace participar a «El Baldadillo», pequeño monstruo, industria pedigüeña de «Mari-Gaila», hasta procurar-le la muerte, mientras ella se refocila —a costa de la honra de su marido, el Sacristán «Pedro Gaillo»— con el «Compadre Miao».

Por la escena transita, en constancia terrible, el carrito de la muerte. De tan negra y feroz, la pintura nos deja inmunes a la conmoción. Todo es bárbara comedia externa. Ni un momento de do-

lor auténtico, aunque los personajes se precipiten, como expertos negociantes de las lágrimas, en la desesperación del planto. La lujuria se desata sin refinamientos, en los confines de la miseria, puro bestialismo que alcanza las fronteras del incesto, aunque no falte, incluso sobre la voluntad de estas gentes, un leve destello de poesía o el brote de alegría bárbara más próxima al aquetarse que al sibilismo de Dionysos. Nuria Espert hizo una verdadera creación de «Mari-Gaila». Le infundió trágica grandeza y feminidad no exenta de feroz encanto. Se entregó plenamente al personaje, dotándolo de verdad y vida. El resto del reparto es —creo que esa fue la intención del director— un enorme y multitudinario coro. El ápice coral adquiere emoción litúrgica cuando el sacristán, «Pedro Gaillo», pronuncia las «divinas palabras» y culmina en el puro desnudo de Nuria, elevada sobre el alto varal. Ha sintetizado Víctor García en este fabuloso logro plástico la visión de «El carro de heno», del Bosco, presente sin duda en la acotación valleinclanesca: «Rítmica y antigua, adusta y resuelta, levanta su blanca desnudez ante el río cubierto de oros... Rodante y fragante montaña de heno, el carro con sus buyes dorados, y al frente el rojo gigante que los conduce, era, sobre la fronda del río, como el carro de un triunfo de faunallas.»

En la interpretación destacan Antonio Cana, el «Compadre Miao»; José Jaime Espinosa, «El Baldadillo»; Mafé Brík, «Simonina», y José Camacho, «Miguelín». No obstante, hubo bastante desigualdad interpretativa achacable, posiblemente, al «hecho escénico» —estreno de un escenario y «puesta» de una atrevida versión de Valle— que se producía esa noche. Al final hubo aplausos y «bravos» mezclados con pruebas de disconformidad. Nuria Espert, Víctor García y todos los intérpretes saludaron. Al comienzo de la representación, Nuria Espert, presente la compañía en el escenario, pidió al público, al igual que se hacía ese día en todos los teatros: «Un minuto de silencio por las víctimas de la violencia de estos días y las del día de hoy.»

Julio TRENAS
(Foto Antonio.)